

EUGENIO CASTRO

Madrid rediviva

Deseo de ciudad

*A Isa,
en el tiempo.*

*Una corriente de influencia se establece entre la
Ciudad y los que viven en ella.*

*Ella los moldea por medio de sus parajes, sus
campanas... Es lo que hemos querido sugerir: la
Ciudad que dirige una acción...*

Georges Rodenbach
Brujas la muerta

• CUÁNTAS VECES PUEDE MORIR una ciudad en el transcurso de la vida de un ser en ella? Admitiendo que esa vida se prolonga, de antemano, durante al menos siete décadas, no es ocioso presuponer que, conforme a una relación pasional con la ciudad —que oscila entre lo alienante y lo emancipador—, no podría pertenecer sino a lo fútil de una existencia satisfecha la pretensión de que la propia ciudad no ha muerto ni una sola vez. Pues la ciudad muere de vejez, o accidentalmente, o por suicidio, e incluso asesinada, pero nunca conserva su vida como una sola vida.

La propia ciudad expira, en efecto, tantas veces como lo hacen los largos ciclos sentimentales, quiero decir, los que se tienen con ella siguiendo la armonía de lo que, aun siendo constante, no es igual a sí mismo. Pues somos conmovedoramente disímiles la ciudad y yo; necesariamente dispares si me mueve la aspiración —como así ha sido siempre— a celebrarla, y no solamente según lo que me identifica sino conforme a lo que me descompensa en mi relación con ella. En este desnivel —que es una divergencia cardinal— adivino lo que de sorprendente puede ostentar y otorgarme. En otras palabras, desde el momento en que el vínculo con la ciudad pudiera residir en mi conveniencia, el encuentro con ella —en altura y bajura— me sería más fácilmente escatimado, suplantado por alguna cosa que se quisiera tal, correspondiéndose sin embargo con la más insustancial delegación. No sería entonces yo más que la fácil presa de una igualación que se pretendería inmortal.

La ciudad muere, sí, y muere en mí tanto como muero yo de mí mismo, esto es, tanto como mi vida muere varias veces a lo largo de mi existencia. Sé bien de lo que hablo, pues me reconozco cuatro vidas que se distinguen entre sí, cada una de las cuales ha renacido tras el deceso de la anterior. Y es significativo que ello guarde una honda relación con los diferentes cambios de domicilio, lo que auxilia en la percepción, retrospectivamente más nítida, de que cada nuevo periodo valía por el que iba quedando atrás. Así es cómo la ciudad que siempre he habitado ha muerto para revivir de sus muertes sucesivas. Y lo ha hecho, debo afirmarlo, con más brillo que opacidad.

He vivido Madrid la horrible, como la denominaba décadas atrás. Así se me presentaba en el comienzo de los años ochenta, ataviada con una fealdad que crecía siguiendo la mía propia: la que yo reconocía en mi enfrentamiento con el mundo, quizá porque era entonces cuando más en serio me lo he tomado. No me hurtaba la luz que la ciudad había recobrado en aquellos años, la sombra profunda que a esa edad también me inundaba, y en la cual más amorfo era yo para mí mismo. Perfectamente extravagante y con una ingenuidad que se me adaptaba como la capa que yo ya usaba (para estar más cerca de *ellos*), la loca geometría de la noche me acogía y me daba su belleza, por lo cual me «convertía en un gran saqueador». Decirme así desdoblado llegaba a alcanzar un buen grado de exactitud, si bien ya entonces otros ascendentes me estaban constituyendo, lo suficientemente como para comenzar la tarea, bastante tormentosa, de deshacerme de mí, en la que aún me hallo, entre el fracaso y su lujo. No deja de ser esta, como se habrá adivinado, una de las gracias propias de un narcisismo sustancial, en armonía con el temperamento de una juventud que nada podía censurar (la madurez, tampoco). Y si lo hacía, era para desobedecerlo iracundamente. Yo aunaba allí la riqueza infinita de lo porvenir, y sin duda su maravilla, sin economía posible, observando una actitud que se sostenía sobre una irascible hostilidad hacia lo

que se denominaba sociedad, la cual tenía las dimensiones todas de Madrid la horrible. Y esa ciudad, a la que le debo la vida futura, feneció, no sin antes haber sido oferente, generosa conmigo a mi pesar, sin que la alteración interna —suya y mía— haya dejado de proporcionarme y de restarme mi salud esencial. No en vano, de no haber sido así, no habría confluído de nuevo con ella, irreflexiva, esto es, extraña a su reflejo, *apareciendo*, lo cual ha favorecido la emergencia del extrañamiento de mí mismo. Esto explicaría el por qué me reconozco como el forastero doméstico que no deja de conformarme, a lo que ella misma contribuye. Y así la frecuente, con la cortesía propia de la dulce llegada a un nuevo lugar.

Admitiendo esa mudanza, de la que yo mismo soy actor y consecuencia, ¿qué no se puede esperar de la ciudad que se habita desde el instante en que se advierte que la vida se sucede *a su paso* por ella? Este paso no escatima las impresiones del día en que con ella se tuvo el primer acercamiento, las cuales se renuevan con una distracción exacta y con las grietas del acontecer en cada zancada. Esta última, al tiempo que es conocedora de su inmediata dirección, ignora lo resistente que puede ser a sí misma, y el giro, la parada, el pasmo —que ni eran inertes ni mensurables— expulsan de una vida que se quiere más tentadora los efectos de la indolencia. Porque al paso por la propia ciudad no se ha dejado de ser —o no del todo— el que por vez primera llegó a ella, y sin ningún instrumento de cifra se halló ante una totalidad abundante.

El resto que persiste como vida en cada ser humano, es decir, lo no enajenado en un interior invadido por un exterior institucionalizado, alienta una forma de desacondicionamiento al medio ambiente general, y al sensible en particular. Existe una geografía austral en el interior humano, en tanto inmenso territorio en el que lo fascinante propio de la lejanía vale por lo admirable propio de lo cercano. En él no cesan de latir bellos extrañamientos. Por esa vastedad se transita. Y más se ahonda en ella y el alejamiento se pronuncia, un fuera de uno mismo aumenta como lozanía elemental,

pues el alma humana sana con el desprendimiento. Es la ciudad, también, una amplitud oceánica, y en ella puede experimentarse la sensación de un extravío favorable en tanto desconcierto de los hábitos. De ese modo uno se encamina, no al desasosiego causado por la pérdida de una regla, sino a un principio de extrañeza de sí mismo en tanto empieza a darse cuenta de cómo zozobra lo que le hacía obrar siguiendo un comportamiento pautado. Sospecha de la convicción, pues ¿cómo sostener la persistencia de una supuesta firmeza y unidireccionalidad cuando, en el borde de lo contingente, irrumpe el desasimiento? La ciudad puede ser igual a sí misma a lo largo de los años, pero puede dejar de ser exactamente la misma a lo largo de esos mismos años, conforme a lo que todo individuo haya precipitado en ella como vida no prescrita, contribuyendo a una indeterminación de su territorio que, no sin la arrogancia del convencido, se lo habría querido circunscrito. Pero es justamente en ese territorio borroso, con su espaciosidad, donde acontece una desligadura de la adecuación al tránsito y se gana, para lo humano, la ciudad. Para lo humano, digo, lo cual implica una relación con ella librada a una acción (o una «desacción») que produce una energía que no colabora con el desaliento propio de la flacidez de espíritu con que la miseria social contamina el alma humana. No en vano, la repetición del mismo recorrido, realizado con cierta asiduidad en el plazo de una semana, que bien puede extenderse a meses, interrumpirse y volver a retomarse al cabo del tiempo, podría tornar lo que no deja de pertenecer a una conducta usual en la construcción de un itinerario ritual durante el cual el ser ejercita su tensión, como forma de restituirse la energía que el abatimiento ordinario, tanto externo como interno, desgasta desdenosamente. Una tensión de vigor cambiante, podría añadir, mas por eso mismo grácil, acaso como la de cualquier semejante que, a nuestro lado, arrastra el bagaje de un secreto que, quién sabe si habrá de desvelar, ya no en él sino en ese otro con el que se acaba

de cruzar o está a punto de hacerlo, y el cual portaba la llave de su revelación. Pero más acá de esta bella eventualidad, el sucesivo regreso de ese mismo trayecto —esto es, de uno mismo a él— se me impone como una frecuencia sensible que me obsequia con la bondad de ser, en tanto que un cualquiera más, una potencia de encuentro en el discurrir de lo vago. ¿No es esta, acaso en una de sus expresiones más puras, una hermosa inutilidad de *ir*? De ese dulce ir, aquí, por el mismo lugar, y, por tanto, labrando una humilde sacralización de la senda, como una forma de satisfacer un pequeño destino que se desmarca del sino social desgraciado.

No es el caso, este, como aquel otro en que la disposición no consiste exactamente en un ir litúrgico sino en errar, es decir, el riquísimo callejeo incondicional aunque con el alma instruida en el acaecer. De lo que en este momento hablo es de destacar la benignidad de una circulación ceremonial en la que se insinúa una preciosa levedad que desplaza un principio activo de desalienación.

Así es como me veo atravesando la plaza de Tirso de Molina, a la que llego tras recorrer la calle Magdalena, caminando a continuación por la de Duque de Alba, sucediéndole un poco más adelante la carrera de San Francisco, hasta alcanzar la calle Bailén, por la que me dirijo hasta el Viaducto.

El modo en que este puente ha ido labrando una ascendencia importante sobre mí carece de evanescencia alguna. Ese influjo está localizado en un hecho de terrible naturaleza, el cual tuvo lugar en el mes de septiembre de 1995, cuando dos muchachas de dieciséis años se precipitaron desde él al vacío. ¡De qué manera resonó esa desdicha en la ciudad de Madrid, cuyo aire, para mí, no parece haberse descargado todavía de tal conmoción! Se me debe creer si afirmo que no admito ninguna complacencia ante tal infortunio. No consigo evitar, sin embargo, que el patetismo del acontecimiento me sobrevuele cada vez que paso por ese lugar, considerando los diferentes grados en que puede hacerlo. Aún me

recuerdo entre incrédulo y sobrecogido, de esa manera en que, sin explicación posible, acusa uno, muy sentimentalmente, algo o mucho de la desesperación ajena, y en el secreto del anonimato asume la aflicción de los seres queridos. Espero no incurrir en el impudor si confieso que, la mayoría de las veces que cruzo el Viaducto, realizo mudamente una ofrenda a aquellas niñas, que, en otro plano de la manifestación, cobró cuerpo mucho más tarde bajo la forma de una «Nana para precipicios»:

Sofocado pesar nuestro,
niñas que proferís
vuestro gemido eterno.

Ese gran ojo de puente
os ha visto caer,
púberes cuerpos
para siempre angelizados.

La ciudad muestra en sus omóplatos
los dos desgarrones de vuestro vuelo,

la memoria de una compasión
en carne viva.

Vosotras giráis, erosionadas
giráis.

La lluvia os manda sus plumas.

Vosotras giráis, sin paz
giráis.

Os debemos la vida.

No ignoro que, con la oscuridad que de lo evocado pueda desprenderse, acudo a este lugar entre la persuasión y la rutina, y que

otro acontecimiento, de ficción en este caso, me lo hace recorrer con un tono más liviano, aun cuando lo que narra le confiere un sesgo asimismo dramático. Hablo del momento en que, al final de la película *Cielo negro*, de Manuel Mur Oti, la protagonista, sobre la que se ha destinado el martirio ejemplar que una asfixiante época de oscurantismo vertió sobre los hombres y mujeres de este país, penetra en el Viaducto persiguiendo el reposo, que quisiera obtener mediante la última solución humana; el reposo frente a una existencia social, sentimental y material depreciada.

Pero a la evidencia de la funesta condición descrita le sobreviene la evidencia de una sexualidad que ni siquiera el mayor infortunio puede censurar. Quisiera poner el acento en la conjunción, bien conocida, que se establece entre el estado de suplicio y la potencia erótica que le puede subyacer. Pues irrumpe, como una forma de rebelión contra la fatua predestinación —voluntaria o involuntaria—, la manifestación de una libido que, con su húmeda abrasión, le concede una cierta libertad a los condenados de la religión católica. Así es como este lugar se me muestra impregnado de una umbrosa voluptuosidad. No es para menos, ya que durante su recorrido, la actriz de la película, Susana Canales, merced a una interpretación superior, exagera sin dificultad una sensualidad incontenible. No es casual que a ello contribuyeran —dejando para otra ocasión cierta crítica pertinente que se le pudiera hacer al director— los mil litros de leche condensada mezclada con agua que caían sobre ella en forma de lluvia.

Es sobrecogedor, contemplado todo ello desde la óptica de la alta creación, acompañar a esa mujer que reúne en su ser, durante su particular calvario (un largo y formidable trávelin de cinco minutos), el entero drama humano de los inmolados; aunque asimismo muestra, doblemente arrebatada, el poder redentor de lo reprimido que retorna, anticipándose a la final entrega franciscana a una fe masoquista cargada de un deseo por consumir.

Pero como sugería, la aproximación forma aquí parte de la representación, un hecho que pone una distancia lo suficientemente importante como para invertir, al menos en parte, el signo trágico del episodio relatado. A esto y a aquello se debe el placer del ánimo y de los sentidos que me embarga cuando recuerdo esa secuencia, cuya sugestión me lleva a ver, cuando soy yo el que pasa por el puente, el fantasma de la mujer de *Cielo negro* enfrentándose a su destino ciego; y que, bajo el influjo de la ensoñación, el escenario al completo se me aparezca en el blanco y negro en que fue rodado el film. Eso sí, además de por el contenido descrito del segundo ascendente, entre latente y manifiesto, no puedo desmemoriarme con respecto al primero, lo que me lleva a sentir, de ese modo en que la visión aérea lo concede, el Viaducto envuelto por una sombra de memoria, como la que *algo* deja sobre el asfalto desintegrado por una deflagración nuclear: aquí, la deflagración humana particular, familiar y social.

Lugar, pues, que reúne circunstancialmente a la carne y el duelo, la pena y el éxtasis, ese matrimonio secular, sempiternamente joven, que domina la escena.

Ni una cosa ni otra me conceden aplacamiento alguno, sin perjuicio de su incidencia en mi ser, elevándose por encima de mi voluntad, aunque sé bien que lo benéfico que puede tener la compensación psicológica enfría mi recuerdo lo suficiente como para poder seguir transitando ese puente. Y así reafirmo el rito calladamente profano de la comunión con la repetición y miro a un lado y otro del Viaducto, adelante y atrás, y con la indiferencia del igual me percato vagamente de que se me cruzan unas figuras que se dirían semejantes a la mía, cuando a un metro de distancia se abre, entre unas y otra, un acantilado de singularidad que no nos vuelve uniformes. No escondo que me cae en gracia imaginarme que todo ser guarda bajo sus ropas, es una forma de hablar, esa oscuridad precipitándose hacia abajo, percibiéndose constituido por

una sima a la que, de vez en cuando, se asoma para saberse único en la marea de una equivalencia humana impugnable. Porque en la diferencia fundamental encuentra lo humano su paridad; en la desemejanza de lo aparente se afirma otra constitución humana. Y así se va, cada cual alumbrado por un acantilado interior. He aquí, entonces, el más bello parecido grácilmente disimulado en la circulación banal entre la muchedumbre. Pues se da, en tal circunstancia, una suerte de aligeramiento del propio ser, e incluso una liberación. Esto he llegado a experimentar yo un poco más allá del Viaducto, en ese sitio que, inesperadamente, he comenzado a frecuentar, con una continuidad alternante, hace dos años, y en el cual me he visto, cómico de mí mismo, gratamente sorprendido; un sitio en el que siempre había reparado para asegurarme de su aspecto un tanto innoble, estéticamente desgraciado y monumentalmente desacreditado. ¿Qué hago, entonces, acudiendo a la escalinata de la catedral de la Almudena? Aunque para ello debe llegar el estío, con la noche ya casi echada sobre la ciudad, en las cercanías de la última luz del ocaso siendo engullida por el único horizonte que saluda, con su proverbial ondulación, por detrás del bosque de la Casa de Campo, a Madrid. Y allí me acomodo, recostado en una de sus columnas, que tiende a ser la misma siempre, aquella que me asiste en la conquista de un aislamiento que, a decir verdad, no me cuesta mucho conseguir, incorporado como está, por naturaleza, en mi carácter. Y distraídamente observo, instalado en mi pétreo bosque, al mismo tiempo rodeado de la banalidad de la que soy un productor y un actor más, tan discernible como puede serlo la propia condición boscosa de mis prójimos, pues ¿qué me impide imaginar la existencia, en cada uno de ellos, de esa igual o parecida profundidad umbrosa que la supuesta vulgaridad de la visita al lugar parecería excluir, lo que me recuerda mi propia actuación durante este o aquel viaje a tal o cual ciudad, habiendo quedado impregnado por un hecho *crítico*, de índole inesperada,